

II

EL PAISAJE Y LA VIDA RURAL

PAISAJE DE LA CORDILLERA

El sitio en que paramos por la noche era grandioso y tremendo, lecho seco del torrente que, aunque con poca agua, bramaba a cierta distancia, mientras las enormes montañas, que aquí se acercaban muchísimo, levantaban hasta el cielo sus cabezas sublimes. La luna silenciosa, entretanto, esparcía brillo claro y plácido en el valle profundo que nos rodeaba, y distribuía masas enormes de luz y sombra sobre rocas fantásticas. Acampamos junto a un gran peñasco cuadrado de color rojo, una de las innumerables masas que desde arriba se habían precipitado; poniendo las cabezas de las camas junto a la roca, formamos desde ésta, techo inclinado con una gran frazada sostenida con estacas, y así tuvimos biombo tolerable contra el aire frío y penetrante. Llevábamos una carpa grande, pero el terreno era duro y pedregoso y se requería tanto tiempo para armarla que fue perfectamente inútil; utilizamos las estacas del modo indicado.

Luego de acampar, cada cual atendió a sus diferentes ocupaciones, uno llevando la pava al torrente para llenarla de agua y los demás errando por la quebrada en busca de leña, sumamente escasa. Al fin, conseguimos juntar cantidad suficiente con ayuda de algunos arbustos ruines que corté con hachita a propósito; uno de estos arbustos ardía muy pasablemente, por ser de naturaleza resinosa. La manera de hacer fuego usada por los arrieros consiste en juntar primero una cantidad de bosta seca de mulas que siempre hay en la senda; luego, con eslabón y pedernal, encienden un pedazo de la yesca para encender cigarros, y amontonando bosta

encima pronto comienza a arder. Encendido el fuego, dispusimos cajones para sentarnos, mientras algunas tajadas de carne cocida se freían para cenar y la pava se calentaba para hacer ponche y chuño para mi hijito. De esta manera pasamos la primera noche muy alegremente, dirigiendo la mirada de hito en hito, a la estu- penda vista de montañas reclinadas mansamente a la luz de la luna que mostraba las profundas cicatrices abiertas por el deshielo en sus flancos.

Encontramos nuestro dormitorio más cómodo de lo que po- día esperarse, pues estábamos bien cubiertos con frazadas y dor- míamos metidos en trajes de franela.

Por la mañana temprano llegamos al segundo desfiladero que, por su aspecto, lo imaginaría dañado por el terremoto de noviem- bre, que desoló a Chile y se sintió fuertemente en los Andes hasta Mendoza. Este paso era verdaderamente tremendo, aunque no puedo decir peligroso: caída considerable de piedras sueltas evi- dentemente se había producido hacía poco tiempo, y el sendero de mulas se había quebrado en tres sitios y así la senda no tenía realmente más de nueve pulgadas de ancho. Lo peor era que parte de la montaña rocosa quedó firme mientras el suelo se había des- moronado en su derredor hasta dejar las paredes rocosas proyecta- das en el precipicio; por tanto, teníamos que torcer en rincones o ángulos agudos del camino al mismo tiempo que luchar con la suma estrechez del mismo, y la mula se veía obligada a adelantar con máxima precaución, dándose maña con las patas al volver el sendero. Estos desfiladeros no pueden pasarse bien por mujeres sin sentarse en la mula de cara a la montaña; si sus piernas estuvieran del otro lado, todo el cuerpo sobresaldría absolutamente al preci- picio, y cualquier vahído de su parte o aflojamiento de la silla in- evitablemente las estrellaría en el fondo del abismo; con el método empleado, no se dan mucha cuenta del peligro, y si la silla cediese, solamente las echaría sobre el frente de la montaña.

Marchando por el mismo rocoso valle pronto llegamos al tercer desfiladero, tan malo, según nos habían informado, que no podríamos pasarlo montados. Por tanto, todos desmontamos re- corriéndolo a pie, cada cual con su mula por delante. En mi opi- nión, este paso no es tan temible como el último: no es ni aproxi-

madamente tan alto sobre el torrente y es muy corto en comparación; el segundo tiene 200 ó 300 yardas de largo, mientras el tercero quizás no tiene más de 150, además que en ninguna parte tiene anchura menor de dos pies. Sin embargo, lo que lo hace más molesto cuando se va montado, es que después de subir toda la altura, el descenso es notablemente rápido y escarpado, de modo que la mula no puede tener la misma seguridad que en terreno nivelado, y como todo depende de la firmeza del animal, los arrieros creen más seguro desmontar. Fue suerte que en estos pasos no encontráramos mulas viniendo en sentido contrario, pues no había sitio para pasar ni para dar vuelta. Una mula carguera cayó una vez en la pendiente de la montaña, pero allí no era empinada; se volvió a parar y galopó coceando y volteando la carga que desparramó por todo con gran regocijo de los arrieros.

El valle que habíamos pasado estaba lleno de bellas cascadas y torrentes precipitándose de los cerros y estrellándose contra inmensos bloques de granito, desparramados como si una convulsión violenta de la Naturaleza los hubiera arrancado de sus cauces naturales. Estos torrentes semejan a lo lejos riachuelos de leche, pues, como saltan de roca en roca, el agua es blanca de espuma y contrasta lindamente con la superficie oscura de la montaña. El agua es muy buena y clara como cristal aunque sumamente fría. Los arrieros, al pasar los diferentes arroyos, bajan guampas agujereadas en el borde y atadas a un tiento largo, y de este modo levantan agua para aplacar la sed sin detener la marcha.

(PROCTOR.—*Narraciones*; trad. de Carlos A. Aldao; pág. 54).

PAISAJE DESDE LA CUESTA DE LO PRADO

Al llegar a la cumbre de la Cuesta de Prado se ofrece de repente al viajero una de las vistas más maravillosas que probablemente haya en el mundo. La llanura bien cultivada de Santiago aparece a sus pies, cubierta de arboledas y regada por los ríos Mapocho, Maipú y otros riachuelos que bajan de las montañas. Hacia la derecha, el valle de Puangue, rodeado por florestas de bol-

dos, peumos y quillayes, que han sido cortados en algunas partes para campos de cultivo. El obscuro litre, que es el "upas" de Chile, proyecta su triste sombra sobre muchos sitios de estos bosques. Es de una naturaleza ponzoñosa tan singular, que si se le toma impensadamente, produce en la piel una especie de erisipela, razón por la cual es difícil impedir que los peones lo corten. Los que se acuestan a dormir la siesta bajo su sombra, invariablemente se despiertan con vahídos y náuseas y con los párpados tan hinchados, que de ordinario se hallan imposibilitados para proseguir su camino sin un guía. Se dice que los que duermen una noche entera bajo de ellos, sobre todo si cae bastante rocío, pagan con la vida su imprudencia. En el extremo más lejano se puede ver la ciudad misma, perceptible, a la distancia de treinta millas, por el número de sus blancas torres y campanarios, y circundada por pequeñas aldeas y quintas.

El fondo de este precioso escenario lo forman los majestuosos Andes, alzándose en todo su esplendor en inmensos semicírculos, dejando reducidos a cumbres insignificantes los cerros más altos que se levantan entre ellos y el valle. Estos apenas si se distinguen, o acaso si se fija en ellos la vista, sirven sólo para mostrar por contraste la inconcebible altura de la Cordillera. Este es, con mucho, la vista más hermosa que puede observarse en Chile; porque aunque también logra divisarse desde el mar mucho antes que la costa, la distancia a que se encuentran no puede apreciarse lo bastante para dar una idea correcta de su elevación. Aun desde aquí, la altura sobre el nivel del mar desde la cual el viajero la divisa, le resta mucho a su altura aparente; y todavía, aunque el más cercano de sus picos se halla por lo menos distante de la Cuesta trece o catorce leguas, parece que estuviera sólo a unas cuantas millas. Se ven mejor aún en el invierno, cuando se hallan completamente cubiertos con un manto de nieve, que al reflejar los rayos del sol poniente, brillan tanto, que difícilmente pueden mirarse de fijo. Los precipicios y hondonadas que tienen se alcanzan a distinguir con los varios reflejos y sombras que en ellos se proyectan con la nieve. Mucho tiempo después que el sol se ha puesto en Santiago, sus rayos alumbran sus picos más altos, en tanto que

la ciudad se halla punto menos que a oscuras, a causa de que en Chile casi no hay crepúsculo, sobre todo en los meses de invierno.

(MEDINA.—*Memorias de un Oficial Inglés*; pág. 83).

PAISAJE DEL VALLE CENTRAL

Nos sentamos en medio de dos puertas y varias ventanas, disfrutando el aire balsámico que atravesaba la casa, barriendo al pasar en el piso hojas de higuera y pámpanos. De un lado veíamos los caminos de pedregullo del jardín, extendiéndose bajo las parras enzarzadas, y sombreadas por ancho cinturón de altos nogales, que formaban graciosa mampara entre nosotros y el deslumbrante brillo del cielo occidental. Por otro lado nuestra mirada se dilataba hasta los Andes, distante cincuenta o sesenta millas, vistos confusamente a través del vapor ondulante producido por la intensidad de los rayos solares que caían sobre los áridos campos bajos; no se veía pájaro ni bestia, ni la mínima nubecilla en el firmamento; la tiranía del sol era completa. Había en esto una quietud solemne, que, mientras disponía a pensar, nada quitaba a su alegría. Pero pronto quedamos solos para gozarla, pues los compañeros, uno a uno, fueron a dormir la siesta; el dueño de casa solamente permaneció, pero evidentemente en obsequio de sus huéspedes; por tanto, aprovechamos la oportunidad para deslizarnos también a nuestras habitaciones, a fin de que él se retirase.

(HALL.—*General San Martín*; trad. de Carlos A. Aldao; pág. 75).

LAGUNA DE ACULEO

Tuvimos que dar vueltas algún tiempo entre picos de los Andes inferiores, antes de llegar al lago plácido rodeado de montañas. Quizás es la suavidad y delicadeza del pulimento de un lago de montaña, junto con su soledad modesta, comparado con la majestad atrevida y escabrosa del paisaje circundante, lo que

le da tanta gracia y belleza. Puede también que escenas como ésta, del todo desprovista de embellecimiento artificial, sea más cautivadora, en conjunto, que la enriquecida con ciudades y ornada de villas y jardines, a la manera brillante de los lagos italianos.

Estrictamente, sin embargo, el lago Aculeo no es por completo desolado, porque aquí y allá veíamos un rancho entre las arboledas lujuriantes que bordean sus márgenes por todos lados. Pero esto, imagino, quizás aumenta la soledad, y la mirada se desvía con más frecuencia a los altos cerros nevados, y a las enormes bandadas de aves silvestres que flotan sobre el pecho del lago, que a estos oscuros signos de población. Uno del grupo, dotado de imaginación vivaz, nos entretuvo con un cuadro animado de lo que produciría aquí el transcurso de un siglo, si el país no se detenía en su progreso. Planeaba aldeas a lo largo de las riberas, cortaba caminos cómodos en las vertientes y cubría el lago de botes; reemplazando con el zumbido atareado del hombre, el silencio actual del paisaje. Mientras nuestro ingenioso amigo amplificaba así los efectos posibles de las mejoras previstas, otro caballero poco cuidadoso de tales fantaseos lamentaba amargamente no tuviéramos escopetas, pues las aves, que no se alarmaban de nuestra presencia, nos dejaban pasar muy cerca; tan cerca, en verdad, que podíamos distinguir los patos, cisnes y flamencos, al lado de muchas otras que no conocíamos; y una vez nos estremeció la aparición súbita de una bandada de loros, que pasó cerca de nuestras cabezas, chillando de la manera más discordante, mientras su bello plumaje, luciendo al sol, hacía la vista más brillante imaginable. El flamenco se conocía por su tenue color rosado bajo las alas. Viajando, a menudo se despierta un interés peculiar por circunstancias que, aunque triviales en sí, hablan claramente a los sentidos, de una tierra nueva y extraña; de este modo en lo que los Andes han fallado, lo hace inmediatamente la vista de un simple pájaro. La elevada cordillera nevada, comparativamente hablando, es objeto familiar y se asocia con recuerdos europeos; pero sentimos inmediatamente que un pájaro tan notable en su aspecto como el flamenco puede pertenecer solamente a clima diferente y extraño.

PAISAJE COSTANERO DE VALPARAISO A ARICA

El 26 de mayo nos hicimos a la vela en Valparaíso, siguiendo el derrotero de la costa hasta Lima. La mayor parte del viaje fue a vista de tierra, y tuvimos muchas oportunidades de ver no solamente los Andes, sino también otras características interesantes del país. El cielo se cubría a veces con nube baja, oscura, continua, que proyectaba sombras sobre el mar, y descansaba en la cima de las barrancas elevadas que protegen la costa; de manera que los Andes y, en realidad, el país entero, excepto la costa inmediata, estaban entonces ocultos a nuestra vista. Pero en algunos sitios esta alta línea de barrancas era interrumpida por profundas depresiones llamadas quebradas, unidas a extensos valles que se extienden al interior. Estas aberturas nos permitían ver regiones que, estando más allá de las nubes y, por tanto, expuestas al brillo pleno del sol, formaban brillante contraste con la obscuridad y tristeza que nos envolvían. Cuando pasábamos navegando, y mirábamos por estas quebradas misteriosas, parecía que la mirada penetrase lejos en otro mundo; y si la obscuridad que nos rodeaba hubiese sido más completa, la luz habría sido tan resplandeciente como la luna llena, con la que todos coincidían en comparar este curiosísimo y sorprendente espectáculo.

(HALL.—*General San Martín*; trad. de Carlos A. Aldao; página 93).

HUASOS EN 1829

Los huasos o habitantes de las montañas de Chile (así llamados para distinguirlos de los chinos y cholos de la costa) no dejan de andar nunca, en casa o fuera de ella, con poncho. En realidad les resulta una prenda de vestir sumamente cómoda, que los resguarda del agua y que se saca del cuerpo con entera facilidad cuando no se le necesita, sin contar con que se le emplea para varios usos, como son, de mantel, carpeta para jugar, y capa. El resto de su traje se compone en invierno de un gorro de fieltro,

blanco o azul obscuro, y en verano de un sombrero de alas anchas, hecho de cogollos de palma; de una especie de casaca tosca, teñida de azul, ajustada al cuerpo, y unos calzones de tela afelpada de color púrpura. Estas últimas prendas se sujetan por medio de una faja o banda ancha, que se enrolla en la cintura, en lugar de tirantes, que no los usan. La faja es de color chillón, tejida de lana o seda, con flecos en los extremos y se usa como portamonedas, llevando en ella envuelto el dinero. Cubren las piernas con una especie de polainas, llamadas botas; como medias largas, abiertas en la planta del pie, de un tejido basto de lana, teñidas de negro. Les llegan hasta la mitad del muslo y vuelven hasta cerca de los tobillos, atadas debajo de las rodillas con ligas de tiras de color. En lugar de zapatos, usan ojotas, especie de sandalias, hechas de cuero sin curtir, atadas a los talones y a los dedos del pie con tiras del mismo cuero. Sobre todo, jamás andan sin grandes espuelas de hierro o plata, con enormes rodajas, de lo que se precian mucho, sintiéndose muy complacidos con el sonido agudo que producen al andar.

El arma que el huaso siempre lleva consigo es el cuchillo cachiblanco, llamado así por la larga cacha blanca que tiene, que le sirve para todos los menesteres domésticos y para el ataque y defensa. Se familiarizan con su uso desde la niñez, y lo sacan a relucir a la menor provocación. Se lleva en una vaina, ya metido dentro de la bota, ya puesto entre la faja y el cuerpo en la cintura. Usan también la bolsa, hecha de la piel de algún animal pequeño, que sacan entera, a excepción de los huecos de la cabeza y patas, dejando siempre la parte de la cola como adorno. Su preparación no exige cuidado alguno, pues se limitan a refregarla continuamente con las manos hasta dejarla dúctil, y la usan principalmente para guardar el tabaco, el pedernal, eslabón y el yesquero, hecho de la punta de un cuero de vaca, que llenan con yesca, de hongos secos. Odres para llevar vino, aguardiente y chicha los fabrican del mismo modo, de un cuero de cabra. La manteca salada la guardan en un cuero de carnero, con su lana, y el sebo en una panza de vaca.

Los huasos son de constitución fuerte, de un color aceituado, que se parece al de los gitanos, con ojos negros o de ave-

llana, y cabellos negros gruesos, que tiran a crespos, que basta a distinguirlos de los indios. Algunos los tienen rojizos, y ojos claros, pero esto dista de ser común y es mirado por ellos como el colmo de la fealdad. Los hombres cuidan bastante de su cabello y llevan trenzado en un guedeja larga, atado en el extremo con una cinta negra. Aunque reacios a todo trabajo pesado, son sumamente activos, especialmente en sus diversiones campestres, y capaces de un gran esfuerzo, si es necesario. Son, con mucho, los mejores marinos de cualquier país de Sudamérica. Son devotos, o mejor dicho, supersticiosos en grado extremo, cumpliendo religiosamente con todas las fiestas y otras prácticas y ceremonias de la Iglesia romana.

La existencia de los aparecidos la creen a pie juntillas, tal como sucede en toda Sudamérica. Creen también en varias especies de seres sobrenaturales, como los duendes, o enanos, que, según ellos, persiguen a personas determinadas, para quienes son únicamente visibles. Se les representa como brujos caprichosos, generosos en los favores que otorgan cuando les agrada, pero excesivamente inclinados a los celos; y cuando se enojan, capaces de inferir cualquier daño, con excepción de la muerte, al que antes habían hecho objeto de sus afecciones. También son temidos los bultos, que son como apariciones de espectros malévolos, que habitan en las quebradas y cerros solitarios, y que de ordinario se dejan ver al romper el día, asemejándose mucho a una corona de nubes o niebla, de quienes se dice que son seguros precursores de desgracias para los que los ven. La creencia en las brujas es también arraigada y universal.

A los huasos les gusta mucho frecuentar las chinganas, o casas de baile, en las que, de ordinario, se exaltan de tal modo con el aguardiente, el vino o la chicha, que de seguro se originan riñas, en las que sale el cuchillo a relucir sin ceremonia. Pocos domingos o días de fiesta habrá en que no ocurra alguna reyerta con las consiguientes heridas, si bien raras veces mortales. Son muy diestros en defenderse con el poncho, que a este intento se envuelven en el brazo izquierdo, y, de ordinario, al atacar se hieren en la cara, especialmente con el objeto de dejar desfigurado al adversario, más bien que de herirlo de gravedad. Esto se

da por tan bien entendido, que los circunstantes en raras ocasiones tratan de apartar a los contendores, a no ser cuando estiman que han perdido ya el dominio de sí mismos.

Son también grandes jugadores, tanto de naipes como con los tejos, en lo que emplean la mayor parte de sus horas libres, que no son pocas. Cuando acampan a orilla de los caminos para dar descanso a sus caballos y mulas, forman inmediatamente una rueda alrededor de un poncho y empiezan a jugar. Tal es su entusiasmo por este entretenimiento, que bien pronto se les reúne un grupo de mirones, que aunque no participen del juego, asumen con sus actitudes y sus palabras un interés tan grande como los mismos jugadores. Las riñas de gallos y las carreras de caballos son sus diversiones favoritas en los días de fiesta, y en ellas aventuran cuanto dinero tienen y cuanto les pertenece, con excepción de su caballo predilecto. Este se exceptúa siempre, y tal es el apego del huaso por dicho animal, que su aserto corriente, o mejor dicho, el juramento que acostumbran es: "que se muera mi mejor caballo".

En la batalla de Maipú, en que se decidió la suerte de los españoles en Chile por la derrota del Presidente Osorio, se reunieron los huasos de las vecindades de Quillota, Rancagua y Aconcagua en grandes partidas irregulares y contribuyeron no poco al triunfo de los patriotas, sin más armas que sus lazos y cuchillos. Anduvieron merodeando por los flancos del ejército español y haciendo acometidas repentinas con sus bien adiestrados caballos, lograron echar el lazo a no pocos oficiales, a quienes arrastraron a todo correr hasta la retaguardia del ejército patriota, donde los mataron y despojaron. También se juntaron a la caballería de línea, que mandaba el coronel don Ramón Freire, en una carga contra la artillería realista, situada en una altura cerca de las casas de la hacienda de El Espejo, y logrando enlazar las piezas de campaña las arrastraron más allá de la ceja del cerro.

(MEDINA.—*Memorias de un Oficial Inglés*; página 66).

UN JINETE CHILENO VISTO EN 1822

Cuando el chileno monta a caballo, cosa que hace cada vez que la ocasión se le presenta, usa como abrigo el poncho, que es una prenda de vestir exclusiva de la América del Sur: es un pedazo de paño cuadrado, con una abertura en el centro, lo bastante ancha para dejar que pase la cabeza, y en particular es muy conveniente para andar a caballo porque deja los brazos libres y protege completamente el cuerpo. Un par de toscas polainas de paño, muy sueltas, que llegan hasta más arriba de la rodilla, amarradas con tiras de colores, defienden las piernas; y un enorme par de espuelas con rodajas de tres pulgadas de ancho, completa el equipo de un jinete. Estas espuelas son a veces de cobre, pero el mayor orgullo de un chileno es tener de plata los estribos y los adornos de las riendas. Las riendas se hacen ordinariamente de correas trenzadas, muy bien trabajadas, y terminan en un ramal de cuerdas, también de correas trenzadas, que sirve de látigo. El freno es sencillo, pero muy severo. La silla consiste en un armazón de madera colocada sobre ocho o nueve pedazos de paño, de alfombra y de pellejos; y sobre esta armazón van todavía otros cuantos cueros, peinados y teñidos de azul, de castaño o de negro; sobre todo esto, los más acomodados usan una especie de cubierta de silla, de cuero, muy suave y bien armada; el todo va ajustado con una faja de cuero estampado amarrada con correas en lugar de hebillas. Algunos hacen grandes gastos en los paños, tapices y pellejos que requiere la silla, pero el material es en casi todos el mismo, de modo que un caballo ensillado parece que llevara una carga de pisos y alfombras. Usualmente va amarrado a la silla el lazo, o cuerda de cuero trenzado, que los colonos de la América Española de ambos lados de los Andes manejan con singular destreza, sea para pillar el ganado o para tomar prisioneros en la guerra. Los estribos, que completan estas monturas de tan peculiar apariencia, son a veces estribos sencillos de plata, que tienen presillas de plata en las acciones; pero cuando se trata de largos viajes por las montañas, son una especie de cajas talladas, muy pesadas, sumamente an-

chas, con el objeto de defender el pie contra las espinas y las ramas.

(LAFOND DU LURCY.—*Viaje a Chile*; trad. por Federico Gana G.; pág. 68).

MAS SOBRE LOS JINETES HUASOS

Algunos días después asistí a una carrera de caballos, en la Cañada. Los chilenos son muy aficionados a estos espectáculos y es una de sus principales diversiones en el campo. Ellos no preparan caballos como en Francia e Inglaterra únicamente para la carrera, sino que hacen correr todos sus caballos de silla. Muchas veces, en alguna carrera, se hacen apuestas a favor del caballo de alguno de los espectadores; sin embargo, la carrera está siempre destinada a un caballo privilegiado que es montado en pelo por un niño y guiado con una simple rienda. Es preciso ver los prodigios de fuerza y de destreza que hacen los huasos con sus caballos: llegan a la carrera, dan vuelta rápidamente en un círculo de algunos pies de diámetro, se detienen instantáneamente, una pechada les abre paso en la estrecha fila de los espectadores, recogen del suelo una moneda al galope, hacen toda clase de gracias que me recordaban las del hábil Auriol, el querido clown del Circo Olímpico. La vida para ellos es el caballo. Estas carreras dan ocasión para que los jinetes luzcan todo su lujo; es una verdadera exposición de estriberas, frenos, ricas espuelas, ponchos de seda y carolas brillantes. El sombrero de paja se coloca coquetamente a la oreja y se sostiene bajo la barba por un cordón negro, de seda. Los siúticos vienen a hacer piafar sus caballos. Un pañuelo de vivos colores, bordado anudado negligentemente detrás de la cabeza; una corbata a la Colin rodea su cuello. Al siútico le agrada el ruido, y el resonar de sus enormes espuelas traiciona de lejos su aproximación. Algunas veces las mujeres vienen a estas carreras, a la grupa de los caballos o en sillas hechas especialmente para ellas y que se llaman sillones, sencillamente, en avíos de hombre; pero, salvo raras excep-

ciones, no suben a caballo sino en el campo y en sillas a la inglesa.

(LAFOND DU LURCY.—*Viaje a Chile*; trad. por Federico Gana G.; pág. 68).

POSADA RUSTICA EN HUALQUI. 1853

Un viaje de pocas horas nos llevó al triste caserío de Hualqui. El lugarejo carecía de atractivos para el viajero; pero como ya caía la noche y el cielo estaba muy nublado, la prudencia nos aconsejó que no siguiéramos. Nos detuvimos, y después de algunos trajines descubrimos un rancho, en el cual, según un tablero clavado en el muro, se podía obtener alojamiento para hombre y bestia. Era la posada, y puede tomarse como muestra de las que se encuentran en todos los distritos rurales.

La magnífica declaración de que podían servirnos lo que pudiéramos, no pudo traducirse en forma práctica, pues resultó que las únicas provisiones obtenibles eran el charqui, que jamás hace falta, y una cazuela de ave, que pedimos en seguida. Creyendo que donde había gallinas debían de haber huevos, rogué a la anciana que hacía las veces de dueña de casa, que nos hiciera freír algunos. Su contestación fue eminentemente característica: “—Aquí, s’ñor, los huevos andan a caballo”. Como no comprendí el alcance de esta expresión, nueva para mí, respondí de una manera tonta, lo que divirtió grandemente a la anciana. No la satisfizo la explicación de que era inglés, y luego después la vi en conversación con mi sirviente. Al asegurarse que verdaderamente era extranjero, se sorprendió más aún: “Benaiga sea Dios, s’ñor”, exclamó, “pero ve usted que habla per-feu-tamente como nosotros mismo”.

La posada estaba construida de cañas, estucada con barro y techada de paja. Se componía de dos cuartos, el uno ocupado como despacho para la venta de tabaco, velas, charqui, etc., y el otro reservado para los pasajeros. Este último tenía, más o menos, quince pies por lado, sin más piso que el suelo. Las paredes no habían sido blanqueadas y tampoco había cielo raso; pero los tijerales estaban hollinados y adornados con telas de ara-

ña en festones. La luz entraba sólo por la baja puerta; muebles no habían, si exceptuamos un rudo marco de madera cubierto de un cuero de buey, que servía de catre.

Al entrar al rancho notamos un olor algo desagradable, proveniente de la molienda de trigo tostado, que ejecutaba en medio del cuarto un individuo robusto, arrodillado en el suelo, inclinado sobre una piedra plana de dos pies de largo por uno de ancho. Un extremo de esta piedra estaba un poco levantado para permitir que la harina corriese hasta un cuero de oveja, colocado debajo para su recepción. A un lado había un montoncito de trigo, del cual el hombre alimentaba su molino; en seguida, tomando con ambas manos un pequeño rodillo de piedra, lo propulsaba activamente hacia adelante y hacia atrás, con un movimiento rotatorio que permitía escapar la harina, y reemplazarla al mismo tiempo por una nueva provisión de grano. A juzgar por la abundante transpiración que corría por su frente, su tarea no era de las más fáciles.

De vez en cuando, un muchachuelo sucio, vestido de algo que en un tiempo había sido camisa, entraba de carrera, tomaba un puñado de la harina, la revolvía en una taza de agua y la bebía. Esta bebida se llama ulpo y es muy usada por las clases pobres del sur de Chile para sustituir el pan, el cual raras veces se encuentra fuera de los pueblos.

En un pequeño galpón, tostaban trigo en una pequeña paila de greda colocada sobre un buen fuego. Una muchacha harapienta, sentada en cuclillas en medio de las cenizas, lo revolvía para impedir que se quemara.

Nuestra cena fue una cazuela de ave verdadera —el mejor plato que se sirve en Chile—, y que creo firmemente no puede conseguirse en otra parte.

La cena fue seguida por el mate. Como esta bebida es especial de Sudamérica, el método de prepararla merece ser descrito. Se trajo al cuarto un brasero encendido, y se puso a hervir en él un pequeño jarro de cobre llamado tacho. Entró la dueña de casa con una cajita de lata que tenía dos divisiones, una con azúcar y la otra llena de yerba. Una pequeña calabaza y una bombilla de lata completaron la batería.

Sentándose en el suelo la vieja sopla el fuego con la pollera hasta que hierve el agua; toma una brasa y la deja caer sobre el azúcar para quemarlo; se coloca la bombilla en la calabaza, con un puñado de yerba y un terrón de azúcar quemado; y sobre esto echa el agua hirviendo. Después de chupar la bombilla para ver si aspira, la bebida se pasa a la persona de mayor importancia. El que ha tomado "sherry cobbler" con una paja, luego se acostumbra a tomar mate; pero mientras es novicio, hay que tener cuidado de no quemarse la boca.

El que viaja por el interior de Chile debe llevar siempre un almofrej, utensilio indispensable para su confort y respetabilidad. El almofrej es un saco de cuero, bastante grande para contener una cama y su ropa (las cuales no se encuentran en la mayor parte de las posadas), como también los demás artículos necesarios para el viaje. Se carga fácilmente sobre las mulas y protege su contenido contra las lluvias y sirve de noche como catre. Es verdad que en este caso el cuarto contenía algo en que dormir, pero tenía un aspecto sospechoso que sugería la existencia de bichos, y preferí tender mi cama en el suelo.

(SMITH.—*Los Araucanos*; trad. de Dn. Ricardo E. Latcham; página 2).

UNA HACIENDA EN LOS ALREDEDORES DE LOS ANGELES. 1853

Llegamos a la hacienda, donde fuimos atendidos cordialmente por el propietario. Viendo que yo era extranjero ofreció mostrarme la hacienda.

Vimos muchos animales hermosos pero la mayoría del ganado se encontraba a mucha distancia de la parte del fundo que alcanzamos a visitar.

Para los extranjeros acostumbrados a ver la crianza de animales para la lechería, el sistema adoptado en Chile es nuevo. Enormes manadas, que no tienen valor sino por la carne y los cueros, corren semisalvajes por las montañas, sin otro resguardo que los ranchos de los inquilinos situados cerca de los linderos

para impedir que se internen en otras estancias. Vagan de valle en valle, subiendo las montañas cuando el sol de verano seca los pastos de los llanos y el retiro de las nieves permite verdear las faldas. Cuando se acerca el invierno bajan otra vez a los valles, aunque sucede a menudo que los pillan las repentinas nevazones y muchos perecen. Una vez al año hay una gran reunión de todos los animales, que son llevados a los corrales donde son marcados y donde se lleva a cabo la matanza.

En este caso, como en todos los demás en que se necesita un numeroso personal, el trabajo se hace por los inquilinos, quienes en pago del privilegio de vivir en la estancia son obligados a rendir al propietario ciertos servicios todos los años.

Este es el tiempo en que se ve el huaso a la perfección. Vestido con su traje pintoresco, montado en su mejor caballo, recorre sin cuidado cerros y valles, armado de su lazo, lanzando maldiciones cuando algún animal refractario escapa de su control; persigue temerariamente a los fugitivos por encima de las piedras, a través de los montes y quitando el cuerpo con agilidad a los quiscos espinudos en su desenfrenada carrera.

Cada uno tiene fijado su sitio en alguna parte del enorme semicírculo que se forma para cercar el ganado y todos se esfuerzan para arrearlo hacia el punto central. A medida que el círculo se va estrechando, resuenan los gritos y las risotadas; cada acción de destreza, cada escapada de las astas de un animal enfurecido se aclama con fuertes aplausos. Todos procuran demostrar su propia habilidad y la ligereza, la fuerza, o la hermosura de su caballo; cuentan una y otra vez los hechos maravillosos que han ejecutado durante el día; a menudo dando freno a su imaginación para suplir detalles; o entretejiendo su relación con todos los prodigios de equitación o de arrojo que han oído contar desde niños.

Cuando todos los animales están reunidos en algún punto conveniente, comienza la aparta.

Los novillos se encierran en un corral separado. Cada uno al entrar es laceado y arrojado al suelo; un fierro caliente chirrea por un instante en su costado, o el cuchillo le hace alguna señal peculiar de la hacienda. En seguida se le suelta para hacer

la misma operación con otro. A cualquiera de los animales más grandes, cuya marca se ha borrado, se le vuelve a marcar de igual manera.

Se reserva para la matanza otro corral; al cual conduce un angosto callejón por donde son llevados los animales a toda carrera. Todo el que entra es diestramente desjarretado por un hombre escondido detrás de la entrada, y cae sobre un cuero tendido para recibirlo. Otro hombre aturde la víctima postrada con un golpe de hacha; se engancha una pareja de caballos montados al cuero, y éste es arrastrado con su carga. Otro cuero se tiende en el mismo lugar, y el desjarreteador queda listo para voltear otra bestia, cortando los tendones en el momento preciso, que le indica su larga práctica.

Los animales muertos son llevados a una corta distancia en donde se encuentran los carniceros. Se quitan los cueros; los estiran y quedan estacados en el suelo pelo abajo para que se sequen al sol. La carne se saca en lonjas en el sentido de los músculos y después de salpicarla con un poco de sal, se cuelga sobre cordeles al aire libre; expuesta al sol y al viento en una atmósfera excepcionalmente pura y libre de humedad, luego se pone seca y dura y forma el charqui del comercio. Cuando se detalla se vende comúnmente por vara.

Los huesos se consideran sin valor y no se utilizan; los cuernos se convierten en tazas, copas y otros artículos semejantes. Estos cachos, o tazas de cuerno, reemplazan casi enteramente los vasos de vidrio entre las clases bajas; cuyo principal alimento es el charqui.

Los animales que no se destinan a la matanza, o que son reservados para la crianza, son contados y largados otra vez al cerro.

Todas estas varias ocupaciones dan empleo constante, durante más de una semana, a un gran número de hombres y requieren la supervigilancia del propietario, quien, por regla general, pasa la mayor parte de su tiempo en la capital, o en uno de los pueblos grandes, visitando su hacienda, que se deja al cuidado de un administrador, sólo en las épocas importantes, como ser la matanza, la siembra, la cosecha o la vendimia.

Los inmensos trigales, listos para la siega, despertaron mi admiración. El clima de Chile es especialmente adecuado al cultivo del trigo y cuando hay facilidades de riego el rendimiento es grande y la calidad excelente. La manera de cultivarlo es de lo más primitiva.

El arado se forma de un madero puntiagudo; en éste se inserta un palo, en un ángulo conveniente; otro palo colocado perpendicularmente sirve de mango, y es tomado en una mano por el arador, mientras que en la otra lleva una larga picana para guiar sus bueyes. La punta del arado a veces se calza de fierro, pero aun así no hace más que rasguñar la tierra. La única rastra que se usa es una de rama, cargada de varias grandes piedras sobre las cuales se sienta el peón que la maneja.

Cuando está segado el grano, se arruma en grandes montones al aire libre. Alrededor de ellos, a la distancia de algunas varas de su base se erige un cierro en el cual se deja una entrada. A esta especie de corral se echa una manada de yeguas (mantenidas en todas las haciendas para este propósito) seguida por jinetes, quienes las hacen correr a todo galope; mientras unos niños colocados encima del montón arrojan las gavillas a la cancha. Después de cinco o diez minutos las yeguas son largadas a otro corral; el grano se empareja con rastrillos, nuevas gavillas son distribuidas por la cancha, a la cual se echa nuevamente la manada.

Con este procedimiento se trillan grandes cantidades de trigo en poco tiempo y con un gasto reducido, y con mucho menos daño para el grano que el que se puede suponer; y como la cancha se endurece luego, queda muy poco revuelto con tierra. El mayor inconveniente es la pérdida de la paja, que se muele como polvo bajo las pisadas de las yeguas.

El aventamiento se hace tirando el grano al aire con palas, y el viento se lleva la paja menuda mientras que el grano cae al suelo, El hecho de que en este llano el viento sopla con gran regularidad en la misma dirección después de cierta hora del día, hace comparativamente fácil aventar grandes cantidades de trigo por este método.

CAZA DE LA VICUÑA

Se caza la vicuña en las haciendas del pie de los Andes, en el invierno, cuando los fríos excesivos y la caída de nieve en abundancia las obligan a dejar sus madrigueras de las montañas. Se reúne cantidad de peones e indios de las estancias circunvecinas, y formando cordón alrededor de la quebrada en que los animales han sido vistos, van poco a poco estrechándolos, hasta meterlos en una parte sin salida. Cuando han logrado esto, los cazadores matan muchos con armas de fuego, hasta que los restantes, desesperados por la carnicería, arremeten hacia la única salida que les queda y pasan a llevarse cuanto encuentran. Se estima su carne tan buena como la del venado, y la piel, que es de un color rojizo semejante al de las rosas secas, resulta excelente para abrigos y sombreros, siendo en todo igual a la del castor en su finura y aspecto sedoso.

(MEDINA.—*Memorias de un Oficial Inglés*; página 70).

EL RODEO

En otoño tiene lugar el rodeo en todas las haciendas de Chile, y es época de alegría y regocijo entre los huasos y peones de todo el país. Esta voz significa literalmente el rodear e implica la operación de reunir todo el ganado de la estancia para tomar nota de él y proceder a marcar los animales que no tienen aún la señal de su dueño, que resulta siempre algún extraño jeroglífico, pues no se emplean en ella letras. En el rodeo se ofrece ocasión para que los huasos muestren lo buenos jinetes que son y su destreza en el empleo del lazo. Se gastan siempre varios días en juntar el ganado disperso en sus campos de pastoreo, y llevarlo hasta los corrales, porque en las grandes haciendas aquéllos son numerosos y suelen hallarse a distancia de varias leguas. Al aproximarse las diversas manadas, su tendencia a escaparse a sus querencias causa no pocas molestias, y aun peligro, a los

vaqueros. Los toros madrigados, que guían sus respectivas manadas, al ver que se hallan rodeados, se ponen furiosos y con frecuencia logran romper los corrales, a pesar de todo el empeño que se gasta para retenerlos. Los huasos se ven obligados a seguir al toro a todo correr, al través de terrenos tan abruptos cuanto es posible imaginar, hasta que logran adelantársele o echarle el lazo para volverle a la fuerza.

Cuando, por fin, se hallan reunidas todas las manadas, el ruido que forman tantos millares de animales con sus balidos es ensordecedor. Después que el mayordomo de la hacienda ha elegido los destinados a venderse, y a matar para hacerlos charqui, y se han marcado los terneros, que se amarran alrededor del corral para que las vacas permanezcan en las vecindades de las casas de la hacienda, al resto del ganado se le da suelta produciéndose batallas encarnizadas entre los toros antes de que puedan juntar sus respectivas manadas. En algunas de las apartadas estancias cerca de la cordillera y hacia la provincia de Concepción el ganado es sumamente bravo, y sus toros, a causa de ello, eran preferidos para ser lidiados, cuando se usaban las corridas. Algunos de los viejos, al ser llevados antes de lidiarse, mostraban tal obstinación, que enterraban sus cuernos en el suelo y ni golpes ni heridas lograban hacerlo moverse de allí. Se negaban a tomar agua y alimento y morían en el sitio en que se quedaban.

Se procede en seguida a juntar los caballos y a marcarlos, y se eligen los potrillos que se necesitan y se han de amansar para el servicio. Los huasos dan en estas ocasiones muestras de gran destreza. Algunos se sientan en una tranca sobre la puerta del corral, esperando la oportunidad de que echen fuera alguno chúcaro para montársele encima al tiempo de salir, sin freno ni montura, a pesar de cuantos esfuerzos haga para botarlo, aguijándole todo el tiempo con las grandes y afiladas espuelas de que todos usan, hasta enloquecerle y lograr que al fin caiga rendido al suelo.

(MEDINA.—*Memorias de un Oficial Inglés*; página 68).

APARTA Y MATANZA DE GANADO

Los caballeros salieron en otro rumbo con el objeto de ver el aparte de ganado para la matanza del día siguiente. Fuimos guiados por una nube de polvo hasta el sitio donde la gente de campo había parado el rodeo y lo mantenía arrinconado. El dueño de casa, acompañado por el principal jinete de su estancia, se metió entre las bestias y echando el ojo a la más gorda, la señaló a los peones que pronto la apartaron valiéndose de picanillas. De esta manera se apartaron quince y rodeándolas cerca de una docena de hombres, las arrearon lentamente a las casas y finalmente al corral.

En el camino de regreso, nuestro huésped nos entretuvo haciendo que su gente nos mostrara la manera de agarrar ganado en Sudamérica. El instrumento usado se llama lazo, y el usarlo, enlazar. Consiste en una soga de tiras de cuero crudo, con longitud que varía entre quince y veinte yardas, y del grosor del dedo meñique. Tiene una punta con nudo corredizo y la otra asegurada con presilla a la argolla de una fuerte cincha de cuero, bien ceñida al caballo. El rollo se tiene en la mano izquierda del jinete, mientras la armada, sostenida en la derecha, arrastra por el suelo, excepto cuando se utiliza, y entonces se revolea arriba de la cabeza con velocidad considerable, y con un movimiento especial de la muñeca, se le imprime forma circular; de modo que cuando se tira, se mantiene abierta hasta caer sobre el objeto a que va destinado.

La infalible precisión con que tiran el lazo es perfectamente asombrosa, y para quien por primera vez lo ve, parece cosa de magia. Aun de pie, de ningún modo es fácil tirar el lazo; pero la dificultad aumenta muchísimo cuando llega a usarse a caballo y galopando, y cuando además, el jinete tiene que pasar por terreno disperejo, y saltar cercos y zanjas en su carrera; sin embargo, es tanta la destreza de los huasos que no solamente están seguros de enlazar el animal, sino que pueden fijar o, como dicen, poner el lazo en cualquier parte que se propongan: en cuernos, pescuezo, cuerpo o pialar las cuatro patas, o dos cualquiera de las cuatro y

con tal facilidad y seguridad, que es necesario presenciar la hazaña para comprender justamente la habilidad desplegada; que, como la del indio salvaje el uso del arco y flecha, puede solamente conseguirse mediante la práctica de una vida entera. En efecto, es el primer entretenimiento de estas gentes, y con frecuencia he visto muchachitos que recién empezaban a correr, activamente ocupados en enlazar gatos, y enredar las patas de todo perro tan infortunado que pasase a tiro. Con el tiempo se hacen muy expertos en sus ataques a las gallinas y después en agarrar aves silvestres; de modo que, cuando montan a caballo, lo que sucede en temprana edad, empiezan a adquirir esa habilidad sin par, de que ningún animal menos veloz que el caballo, tiene la mínima probabilidad de escapar.

Supongamos que hay que agarrar un toro chúcaro y que dos huasos intenten matarlo. Así que lo descubren desatan de los tientos el lazo y agarrándolo con la mano izquierda preparan la armada en la derecha, y salen a galope tendido, cada uno revoleando el lazo sobre la cabeza. El primero que lo alcanza apunta a los cuernos del toro, y cuando ve, lo que sucede al momento, que el lazo hará su efecto, sofrena el caballo poniéndolo de costado, y el toro sigue su carrera hasta darle todo el lazo. El caballo, que sabe por experiencia lo que va a suceder, se inclina cuanto puede en dirección opuesta al toro, y está en expectativa temblorosa del violento tirón que da el toro al ser detenido por el lazo. Tan grande es, en efecto, la sacudida que se produce en ese momento, que, si el caballo no se inclinase, con certeza sería puesto patas arriba; pero parado, como sucede, con las patas firmemente apoyadas en el suelo, ofrece resistencia bastante para detener al toro instantáneamente, como fulminado, aun en toda la velocidad; y en algunas casos, el tirón es tan repentino y violento que el animal no sólo se estrella contra el suelo, sino que rueda en o toda la extensión del lazo, mientras el caballo de costado ara la tierra varias yardas con las patas. Esto, tan largo para describir, es obra de pocos segundos, en que el otro jinete pasa de galope y antes que el toro se reponga del golpe, lo enlaza de los cuernos y continúa hasta estirar el lazo. El toro, aturdido por el golpe, a veces queda inmóvil en el suelo; pero los jinetes pronto lo hacen levan-

tar, tironeándole adelante y atrás. Cuando se para es como un buque amarrado con dos cabos y mucho por que se resista a acompañar a los jinetes o por grande que sean sus luchas, es irresistiblemente arrastrado en la dirección que plazca. Si se intenta matar el animal por el cuero y sebo solamente, como con frecuencia sucede, uno de los huasos desmonta y corre a desjarretarlo con un cuchillo largo que siempre lleva en el tirador, e instantáneamente después lo desnucan con un golpe diestro. Lo más sorprendente es cuando el caballo, después de desmontado el jinete, se maneja para mantener el lazo siempre estirado; esto sería menos difícil si el toro estuviese quieto, pero a veces sucede que lucha con violencia para desenredarse de los lazos, precipitándose adelante y atrás de manera furiosa; el caballo, sin embargo, con maravillosa sagacidad, cambia de sitio y cabriolea, como consciente de lo que hace, para resistir cualquier movimiento del toro y jamás permite que el lazo se afloje un solo momento.

Siempre se enlaza un potro salvaje de las dos patas y el huaso cabalga un poco a un lado, para voltearlo de costado, sin dañarle rodilla ni cara. Antes que el caballo se recobre del golpe, el jinete desmonta y sacándose el poncho, envuelve la cabeza del animal postrado; luego le mete en la boca una de las poderosas riendas del país, le cincha el recado en el lomo, y enhorquetándose, quítale el poncho; luego el asombrado caballo se para y trata por mil esfuerzos vanos de librarse del nuevo amo, sentado completamente tranquilo en el lomo, y mediante disciplina que nunca falla, reduce el caballo a tan completa obediencia que pronto es enseñado a prestar su velocidad y fuerza para capturar a sus salvajes compañeros.

En las guerras recientes de este país, el lazo se usó como arma de gran poder en manos de los huasos, soldados atrevidos y útiles que nunca fallan en desmontar a la caballería o voltear los caballos que se ponen a su alcance. Se refiere un caso bien auténtico de un grupo de ocho o diez de estos hombres que nunca habían visto piezas de artillería hasta recibir el fuego de una en las calles de Buenos Aires; se adelantaron sin miedo, enlazaron el cañón, y con sus esfuerzos unidos lo tumbaron. Se relata otra anécdota que, aunque posible, no se apoya en tan buena autoridad.

Algunos botes fueron enviados para efectuar un desembarco en punto dado de la costa, guardada solamente por estos jinetes. La gente de los botes, cuidándose poco de un enemigo desprovisto de armas de fuego, remaban confiadamente costeano la orilla. Los huasos, entretanto, esperaban la coyuntura, y en el momento que los botes se acercaron lo bastante, se precipitaron al agua y enlazando a los oficiales del pescuezo, arrastraron a todos fuera de los botes.

.....

El ganado, como antes he mencionado, había sido encerrado en el corral, dejándolo salir de a uno para matarlo; pero no al estilo de Inglaterra, donde, según creo, los animales son llevados a una casa y despachados golpeándoles la frente con una hacha de mano. Aquí todo pasaba al aire libre, y más bien semejaba un gran campo de deporte que simple matanza deliberada. En suelo nivelado delante del corral estaban en fila cuatro o cinco huasos a caballo, con lazos listos en la mano; y frente a ellos otra fila de hombres a pie, provistos también de lazos como para formar calle ancha desde la tranquera del corral hasta treinta o cuarenta yardas. Cuando todo estuvo pronto, el jefe de los huasos abrió la tranquera y, entrando a caballo, apartó uno del montón y lo fastidió hasta hacerlo salir. La repugnancia de los animales a dejar el corral era evidente, pero cuando al fin se le forzaba a hacerlo, atropellaban con el mayor ímpetu. Se dice que, en este país, aun los animales más salvajes tienen horror instintivo al lazo; los domesticados ciertamente lo tienen y dejan ver miedo siempre que lo ven. Sea como sea, en el momento de pasar la tranquera, atropellan con gran velocidad y aspecto de terror. Pero si saliesen diez veces más ligero, de nada les valdría contra el irresistible lazo que, entre el polvo y confusión inextricable, era puesto por los huasos donde querían, con la mayor exactitud. No puede concebirse escena más animada y pintoresca que la que presenciábamos, o que, en manos de un dibujante audaz, proporcionase más lindo tema. Imagínese la bestia furiosa, casi enloquecida por la sed y una variedad de provocaciones, y presa del mayor terror por la multitud de lazos que giran en su rededor, atropella furiosa, sus ojos despiden fuego, las narices casi tocan el suelo y levanta con el aliento polvo

en su carrera: por un instante está libre y llena de vigor, desafiando, como sucedía, a todo el mundo a que detenga su carrera desenfrenada; en el momento siguiente está cubierta de lazos; cuernos, pescuezos, patas, todos están rodeados por cuerdas inevitables, colgando sueltas en largos festones desde las manos de jinetes al galope en todas direcciones, pero en el próximo instante tan rígidas como barras de hierro; y el noble animal yace prostrado en el suelo, inmóvil e imposibilitado. Al momento es despachado por un hombre a pie, que está listo para este fin con un cuchillo cortador en la mano; y tan pronto como la res es desenedada, se la lleva a un lado y se saca otra del corral, agarrándola del mismo modo.

Preguntando la razón de arrojar tantos lazos a la vez en estas ocasiones, supimos que el primer arranque de la bestia cuando es sacada del corral es generalmente tan impetuoso, que pocos lazos solos no son bastante fuertes para soportar el tirón sin cortarse. Se dejó salir, como experimento, una vaca en estado muy furioso, y se dieron instrucciones para que dos hombres de a uno intentaron pararla. El primer lazo le cayó en la cabeza, y la dobló de modo que los cuernos casi tocaron el lomo, pero la cuerda reventó sin pararla; el segundo se colocó de intento en la parte anterior del cuerpo, pero también se cortó sin impedir materialmente su curso. Allá fue la vaca correteando por el campo, seguida por otros dos hombres parados en los estribos, los lazos volando sobre la cabeza y flotándoles el poncho por detrás; vista entusiasmadora y característica. La vaca galopaba, y los caballos galopaban, y tal es la velocidad adquirida por ganados acostumbrados a correr furiosamente, que al principio los caballos la aventajan muy poco. Como el campo estaba cubierto de arbustos y renuevos, y lleno de agujeros y huellones hondos, la caza fue variada con muchos saltos, en que, aunque la vaca andaba bien al principio, los caballos antes de mucho tiempo, le sacaron ventaja, y el huaso más próximo, viendo que estaba justo a tiro, le arrojó el lazo. La vaca se encontraba a distancia tal que se requería todo el largo del lazo para alcanzarla, y la armada se había reducido tanto por subir el nudo corredizo, que apenas era bastante grande para admitir los cuernos; si la vaca hubiese estado un pie más adelante, la armada

hubiera resultado demasiado chica. Cuando el jinete vio el lazo ajustado, se separó y dio vuelta el caballo, con lo que la pobre vaca fue echada al suelo con gran violencia. El segundo jinete se precipitó y al pasar la vaca, en vez de tirarle el lazo, solamente se inclinó y puso la armada, que había reducido a un círculo pequeño, en los cuernos. Luego los huasos dieron vuelta las cabezas de sus caballos y trotaron con su presa por fuerza, no habiendo estado más que cuatro o cinco minutos ausentes del campo.

Hay otro método para detener la marcha del animal sin lazo, que requiere todavía más habilidad y presencia de ánimo que aquel formidable instrumento. Un jinete se para cerca de la tranquera, armado con medialuna, compuesta de una hoja de acero de dos pies de largo y combada, como el nombre lo indica, afilada en la parte cóncava y de un palo de diez a doce pies de largo, atornillado en medio del lado embotado o convexo; de modo que cuando se mantiene en la horizontal los cuernos de la medialuna apuntan adelante. El jinete lleva la medialuna en la mano derecha, en ristre como una lanza, con la hoja a dos pies del suelo, delante del caballo, mientras el cabo se mantiene firme pasándolo bajo el brazo. Dejando que el animal pase corriendo, mete espuelas al caballo, galopa detrás y al alcanzarlo, coloca su arma de tal modo que, cuando el garrón derecho del animal venga para atrás, entre en la horquilla o medialuna, y golpeando contra el filo, cortante como navaja de afeitar, divide el tendón. Se lleva inmediatamente el arma a la pata izquierda donde, de modo semejante, el menor toque propiamente aplicado, divide el otro tendón. Vimos esta crueldad ejecutada por el huaso principal del fundo de nuestro huésped, quien era tenido por el mejor jinete y el hombre más experto en esa parte del país. El campo era muy seco y polvoroso, de manera que al tiempo de alcanzar el novillo en cuya persecución iba, se levantaba tal nube de polvo por las patas del animal, que apenas sabía lo que hacía. El huaso ideó, sin embargo, cortar ambos jarretes, pero el caballo se confundió, cayó sobre el novillo, y nos alarmamos mucho de que el hombre fuese cortado en dos por su misma arma, o traspasado por los cuernos de la bestia; pero nunca perdió su calma, y tirando primero el instrumento en alto, él y su caballo se levantaron del suelo

y salió ileso de la nube de polvo y sin haber siquiera perdido su asiento.

Mientras adelantaba este muy serio negocio, una cantidad de muchachos traviosos se habían subido sobre un montón de leña cerca del corral y, cada uno armado a su manera, con lazo de tiritas de cuero o cuerda de látigo, tenían la primera oportunidad de enlazar los animales cuando atropellaban. Rara vez fallaban en tirarlo con éxito, pero sus cuerdas débiles se rompían como telarañas. Un pícaro endemoniado, sin embargo, más atrevido que los demás, se enhorquetó en un burro que sucedió estaba a mano; y tomando el lazo que tenía, pues ningún animal que alguna vez se monte está sin este equipo esencial, y colocándose de modo que los hombres no lo viesan lo tiró valientemente sobre el primer percuero de novillo; pero cuando el lazo se estiró volaron el asombrado burro y su jinete; el aterrado muchacho pronto cayó, pero el pobre jumento fue arrastrado por el campo, hasta que una fuerza más eficaz que la suya vino en ayuda de su vana resistencia.

Cuando se mataron suficientes novillos, fueron tirados mediante una carretilla, a que iban atadas las cabezas, con los cuerpos arrastrado por el suelo. El corral o sitio adonde fueron removidos era un recinto de cincuenta o sesenta yardas en cuadro: la mitad interior, o sea la más alejada de la entrada, estaba cielo descubierta, mientras la otra mitad estaba sombreada con una ruda suerte de techo consistente en ramas de árboles y grandes hojas anchas, colocadas en enrejado, formando tejido suficientemente cerrado para preservar del sol, pero no de la lluvia; pues debe recordarse que en estos países las estaciones lluviosa y seca ocurren en intervalos tan fijos, que los habitantes pueden arreglar los períodos de sus diferentes ocupaciones con mucha mayor certidumbre que en Europa.

Entrando en este patio miramos por un pasaje que conduce a la parte descubierta; a mano derecha del pasaje había una fila doble de postes unidos por barras cruzadas, y a la izquierda, bretes formados por postes y barras cruzadas, de seis a ocho pies de ancho y doce o catorce de largo. Lo demás del terreno techado se dividía ligeramente con barras cruzadas, en compartimentos diferentes, comunicados entre sí. Más allá de las barreras, a mano derecha corría

un arroyo cristalino sombreado por algunos grandes nogales, y se mezclaban sus hojas con multitud de flores silvestres, los yuyos más comunes del clima, según nos dijeron; en algunos reconocimos plantas apreciadas en nuestros invernáculos.

El calor en el espacio exterior donde habíamos presenciado la enlazada se hizo tan fuerte, que nos alegramos de cobijarnos en lugar fresco y tranquilo. No habíamos estado mucho tiempo, cuando los novillos muertos fueron traídos adentro y colocados en orden, uno frente a cada brete de los arriba descritos.

Inmediatamente tres hombres se dedicaron a cada res muerta, y con mucha destreza y en breve tiempo increíble, sacaron los cueros que llevaban a la parte descubierta del recinto, antes de ser estaqueados y secados al sol. Observé que el huaso principal no dejaba pasar ninguno de estos cueros sin cortar primero una lonja y probar su resistencia; si se rompía con facilidad no se ocupaba más de él, pero si resultaba fuerte, ordenaba que el cuero se apartase para hacer lazos, siempre el pensamiento más dominante en la mente del huaso. Después de sacar el cuero, se cortaba con cuidado la grasa y el sebo, y se desprendían los músculos de su sitio, de cuya exacta situación los hombres parecen estar perfectamente al corriente. Pero aun cuando los cuchillos brillaban con gran celeridad, no cortaban ninguna fibra de través, sino que todos los músculos se desprendían de sus sitios naturales, con un juego de mano, que nada, sino la larga y constante práctica, enseñaría. Así que se desprendía la porción, se llevaba al brete anexo, donde era colgada en la parte del cercado expresamente destinada a este fin, arreglándose cada porción del animal en cierto orden. La cabeza, las patas y el desperdicio se llevaban al otro lado del pasaje, y se colocaban sobre una capa espesa de gajos verdes, en la margen del arroyo, ya todo descolorido y manchado de sangre. Tan pronto la res era depositada, y con tan poco ruido y violencia, o esfuerzo aparente, que una imaginación vivaz la habría supuesto derretida. Nada repugnante había en todo este procedimiento —ni hachar, ni cortar, ni aserruchar—, dislocándose cada coyuntura, como por arte de encantamiento, al primer toque del cuchillo. A los huesos también se les adjudicaba lugares determinados, lo mismo a la grasa, de que ni el vestigio más ínfimo se

dejaba nunca adherido a la carne, y cuando todo estaba completo, y el suelo limpio, el director de cada grupo inspeccionaba con cuidado el brete para ver si estaba en orden y cada posta de carne colgaba correctamente; omití anotar el número exacto de postas, pero es siempre el mismo, y si se pierde cualquiera o se coloca mal, inmediatamente lo nota el hombre que inspecciona el brete. La cabeza, el espinazo y las patas eran luego desmenuzados y echados a los tachos, para no perder ni una partícula de grasa, y observé que también se toman el trabajo de arrancar el pellejo fino de cada costilla. La parte más fina del sebo se tendía en un zarzo en forma de barrilete y colgaba en una de las divisiones menores.

Los tres hombres que se habían ocupado de despostar el novillo, luego empezaron una operación que creo peculiar de Sudamérica, a saber, la preparación del charqui. Los hombres, sentados en banquetas bajas, en los distintos brets, empezaron a cortar cada posta en largas tiras, uniformes en tamaño de punta a punta, algunas de ellas cortadas de grandes postas, de varias yardas de largo y dos pulgadas de ancho. Para efectuar esta operación con limpieza se requiere destreza considerable. Se toma el pedazo de carne con la mano izquierda, y en cada corte se hace girar para presentar nuevo lugar al cuchillo, y así, la tira parece desenvolverse, como ancha cinta del rollo, hasta no quedar nada. Tratamos de hacer esto; pero continuamente cortábamos las tiras de través antes de alcanzar cualquier largo. Cuando se había cortado todo de esta manera, se deja colgar algún tiempo bajo techo y así adquieren un color negro y, debido al calor y sequedad del aire, pronto pierden mucho de su humedad. Las tiras después se exponen al sol hasta secarse completamente y luego en grandes balas, fuertemente atadas con una red de lonjas, se convierten en charqui comercial.

(HALL.—*General San Martín*; trad. de Carlos A. Aldao; página 76).

ALMACEN DE UNA HACIENDA EN COLINA. 1822

Recorrimos los almacenes de la hacienda, comenzando por el granero, ahora casi vacío. Vimos allí tendido sobre el piso un cuero seco y en él un rimero de carne fresca para el consumo inmediato, según la costumbre del país, cortada en tiras de unas tres pulgadas de ancho y sin huesos. Pendían de los muros cuerdas de varias clases, lazos, fajas, etc., para diversos usos rústicos. Dentro del granero había otra despensa, toda rodeada de cuelgas de velas de sebo; en el piso centenares de arrobas de sebo en cueros, para la venta, y un gran montón de skimmings, esto es, de la gordura que sobra después de derretir la grasa para extraer el sebo. Este residuo lo usan los peones en lugar de manteca o aceite para condimentar su comida, y es tan necesario para ellos como el ghee (1) para los indios del Oriente. En otro departamento se guardan los yugos y agujadas (2) para los bueyes, las azadas para cavar canales de regadío, etc. Estas azadas son de una madera durísima y provistas de un largo mango; las de hierro se emplean sólo en la capital y alrededores y en algunas haciendas cerca de Valparaíso, donde las han introducido los extranjeros. Estos almacenes comunican con una puerta lateral con un patio cuadrado, en un costado del cual está la matanza, donde, a fines de otoño, se benefician los animales para obtener cueros, sebo y charqui. Actualmente parece una barraca inconclusa, pero en tiempo de matanza la cubren de ramas verdes, para que la carne y demás productos se conserven frescos. A un lado del patio se hallan los fondos para derretir el sebo, hechos con greda de la misma hacienda y de dos pulgadas y media de grueso. Junto a este departamento hay una barraca con hornos para cocer las heces, que se agregan al mosto para acelerar su fermentación, y más allá un alambique, de sencillísima factura, para destilar aguardiente. De dieciséis a veinte familias de inquilinos viven de

(1) Grasa de búfalo derretida, que forma parte de la alimentación de los hindúes.—(N. del T.).

(2) O picanas, como las llaman nuestros campesinos.—(N. del T.).

la hacienda, y dos o tres veces ese número de peones a jornal se ocupan en las épocas de mayor trabajo. Se les paga salarios subidos, no por el elevado precio de los artículos de consumo, sino por la escasez de brazos.

(GRAHAM.—*Diario*. Tomo II; trad. por Dn. José Valenzuela D.; pág. 57).

ECONOMIA DE UNA HACIENDA. 1822

En el transcurso del día recorrí casi toda la hacienda, comenzando por las viñas. La principal ocupa dos cuerdas cuadradas; las vides están apoyadas en rodrigones y reducidos por la poda a una altura de cinco pies. Aquí no se acostumbra remover anualmente la tierra entre las hileras como en Italia, sino que cada veinte o treinta años se descubren y mondan las raíces. Visitamos en seguida el huerto, en que hay nogales, duraznos, ciruelos, albaricoques, perales y cerezos, que comienzan apenas a florecer, porque, además de hallarse esta hacienda un grado más hacia el sur, está más cerca de la cordillera y más expuesta a los vientos fríos. Del huerto pasamos a los corrales de vacas y terneros, de hermosa raza. La lechería está mal administrada, pues de dieciséis bellas vacas lecheras no se alcanzan a obtener doce libras de mantequilla por semana, y algunas no más de seis; de queso se produce una cantidad insignificante, aunque éste y aquella de excelente calidad. El ganado lanar es bellissimo, de muy buena y larga lana; cada vellón vale por lo menos tres reales. La trasquila se hace en octubre. Vi un carnero pehuenche con cinco cuernos desiguales. Colgado delante de la puerta hay un jaguar empajado, llamado comúnmente león chileno, animal que habita en los cerros y hace estragos en el ganado lanar y los terneros, pero que, según he oído, no ataca al hombre. Don Justo me dio una garra de seis pulgadas de ancho, que debe haber pertenecido a un enorme individuo de esta especie. En las bodegas las grandes botijas de greda están medio enterradas en el suelo, como refieren los autores jesuitas que practican los indios del interior con sus tinajas de chicha. Cada bodega contiene unas sesenta tinajas

de veinte y cinco arrobas cada una. Son fabricadas con arcilla de los cerros vecinos y cuestan tantas veces cuatro reales como arrobas contienen. Cuando se quiere vinificar el mosto, se vierte jugo de uva caliente en la proporción de una arroba por cuatro de mosto, para acelerar la fermentación. Hay que tener cuidado de no dejar hervir el jugo, retirándolo del fuego en el punto próximo a la ebullición, para que no comunique al vino un sabor empireumático. Las bocas de las botijas se tapan herméticamente con barro para la maduración del vino, que, cuando está a punto, se encierra en cueros para la venta. Probé varias clases de vino y mosto, muy buenos casi todos, y mucho mejores aún los aguardientes, a pesar de la imperfecta construcción de los alambiques. El trigo produce aquí el ciento por uno; la cebada, el setenta. Los cultivos se alternan: trigo o cebada un año, alfalfa al siguiente. Algunos pastos de forraje crecen espontáneamente después de cosechado el grano. De ellos el preferido por el ganado mayor es el alfilerillo, así llamado por la forma de la semilla; es una planta de la familia de las geraniáceas, indígena en Inglaterra como en Chile; créese que comunica un sabor agradable a la carne de los animales que la comen en ciertas épocas. Otra planta predilecta del ganado es el cardo silvestre, apreciable sobre todo antes de la estación de las lluvias.

(GRAHAM.—*Diario*. Tomo II; trad. de Dn. José Valenzuela D.; pág. 77).